

# NEW LEFT REVIEW 121

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2020

## EDITORIAL

SUSAN WATKINS La década de la crisis británica 7

## ARTÍCULOS

R. TAGGART MURPHY Japón: preservar el privilegio 25

FRANCO MORETTI ¿Alegorizar siempre? 63

MICHAEL BURAWOY Historia de dos marxismos 76

DYLAN RILEY Réplica a Burawoy 113

ZEP KALB Y  
MASOUMEH HASHEMI Los Universal Studios  
de Teherán 123

## CRÍTICA

ROB LUCAS El negocio de la vigilancia 149

EMILIE BICKERTON La Nueva Ola de Hollywood 161

JACOB COLLINS Travesías del Rin 171

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
d traficantes de sueños

---

[SUSCRÍBETE](#)

Peter Schöttler, *Du Rhin à la Manche: Frontières et relations franco-allemandes au XXe siècle*, Tours, Presses Universitaires François-Rabelais, 2017, 228 pp.

JACOB COLLINS

## REFLEJOS DEL RIN

Más de una década después de la Gran Recesión, Europa se ve acosada por fantasmas de su pasado preposnacionalista. Los conflictos fronterizos que parecían haber sido eliminados por la integración política y económica vuelven a ser una cuestión de política cotidiana en muchos países europeos. Los Estados de Europa Central levantan vallas y murallas para evitar la entrada de inmigrantes, mientras que Macron endurece la ley de asilo francesa «para expulsar a todos los que no tienen motivos para estar aquí». En este clima, el tratamiento historiográfico que ofrece Peter Schöttler del Rin —una de las zonas fronterizas más simbólicas de Europa— parece sin duda oportuno. Centrándose en la historia del río durante el siglo XX, Schöttler quiere entender cómo se han hecho y rehecho las fronteras, y cómo han llegado a formar parte del imaginario europeo.

El Rin no es únicamente, como señala Schöttler, un río franco-alemán. Desde su nacimiento en los Alpes suizos, fluye principalmente hacia el norte, formando parte de las fronteras suizo-austriaca, suizo-alemana y más abajo germano-francesa. Desde allí atraviesa la Renania alemana, pasando por Mannheim, Maguncia, Coblenza, Bonn, Colonia, Düsseldorf y Duisburgo antes de atravesar la parte meridional de los Países Bajos y desembocar en el Mar del Norte. Sin embargo, la historia moderna del Rin ha estado dominada por las rivalidades nacionales entre Francia y Alemania. Al este del Rin, el río ha sido considerado incuestionablemente alemán, parte de su *Herzland*. Los estadistas franceses, en cambio, consideraban que el

control de su orilla izquierda tenía un gran valor estratégico: era un puente hacia Europa Central y un corredor defensivo contra Austria y Prusia. Los revolucionarios intentaron empujar a Francia a sus «fronteras naturales»: el mar al norte y al oeste, las montañas al sur, y el Rin al este. Napoleón lo hizo realidad en 1806. Con su caída, la ribera derecha del río cayó bajo control prusiano en 1815. Medio siglo después, Bismarck extendió las fronteras del Estado-nación alemán a las provincias francesas de Alsacia y Lorena, lo que se convirtió en un trauma fundacional para la incipiente Tercera República, aunque Schöttler intenta moderar la impresión de un nacionalismo revanchista desenfrenado. El Tratado de Versalles de 1919 devolvió Alsacia-Lorena a Francia, mientras que el Acuerdo de Renania preveía la ocupación aliada de la ribera izquierda durante quince años, administrada por una Alta Comisión en Coblenza. En 1923, el primer ministro francés Raymond Poincaré envió tropas al otro lado del río, al valle del Ruhr, paralizando la vida económica alemana. Al mismo tiempo, los representantes franceses en la Alta Comisión decidieron reconocer a los separatistas renanos en el Palatinado como un gobierno independiente. Los enfurecidos británicos enviaron órdenes para que su propio personal negara cualquier apoyo a aquel Estado, y como consecuencia la iniciativa colapsó de inmediato. Las últimas tropas francesas abandonaron Renania en 1930. Hitler remilitarizó la región en 1936. Después de la guerra-relámpago nazi de mayo-junio de 1940, se estableció una «línea de demarcación» desde los Pirineos, a lo largo de la costa atlántica, hasta Tours, que luego atravesaba Francia desde el oeste hasta Ginebra: todo lo que quedaba al norte y oeste de esa línea estaba bajo ocupación alemana; al sur y al este, eran los dominios de la Revolución Nacional de Pétain.

¿Qué lugar ocupa esta turbulenta historia en el mundo de las ideas? Poco después de la Primera Guerra Mundial apareció una literatura especializada en el problema de si el Rin era la frontera de Francia o el principal río alemán, que incluía folletos, libros, volúmenes editados, así como publicaciones de comités y organizaciones dedicadas a la investigación de este río. Ésos son los textos de los que se ocupa Schöttler en la primera mitad de *Du Rhin à la Manche*, situándose el autor como árbitro entre las dos literaturas.

Primero examina el caso francés, remontándose al estudio de 1931 de Lucien Febvre *Le Rhin*, una obra encargada por la Société Générale Alsacienne de Banque para conmemorar su cincuentenario. Aunque incompleto en algunos lugares y evidentemente escrito a toda prisa, *Le Rhin* fue, según Schöttler, una obra de la más alta importancia política e intelectual, que anunciaba de hecho un programa de investigación completamente nuevo. Febvre consideraba al Rin no como una barrera natural, sino como un producto de la historia humana, una construcción. Los seres humanos se habían adaptado al río a lo largo de los siglos y el río, a su vez, se había transformado como consecuencia de sus acciones.

Así pues, no podía haber un estado original o puro de Renania, como afirmaban los defensores de la visión racial de la historia. Atendiendo a la vida medieval y renacentista del Rin, como hacía el libro de Febvre, se vería la confluencia de civilizaciones romanas, cristianas y germánicas en una zona de florecientes culturas urbanas. El río atravesaba imperios y reinos, y sus ciudades, desde Basilea hasta Dordrecht, llegaron a adquirir su propia cultura distintiva: republicana y de espíritu cosmopolita. El Rin era realmente un río europeo y los intentos retrospectivos de hacerlo únicamente teutónico o francés obligaban a una patente distorsión. Al escribir aquel estudio, Febvre cumplía, según Schöttler, uno de los ideales programáticos de la influyente revista histórica *Annales*, concebida por Febvre y su cofundador Marc Bloch como una empresa explícitamente antinacionalista. En su conferencia inaugural en la Universidad de Estrasburgo en 1919, Febvre afirmó no tener interés en convertirse en «un misionero inútil de un evangelio nacional oficial», para lo cual era necesario «desaprender de Alemania». Schöttler señala que los historiadores alemanes consideraban peligroso el libro de Febvre, no porque se opusiese a las ambiciones nacionalistas alemanas, sino porque las deslegitimaba.

De hecho, los estudios al otro lado del Rin eran marcadamente diferentes y Schöttler dedica dos capítulos detallados a los institutos alemanes de *Westforschung* (investigación sobre Occidente). El primero en aparecer después de la Guerra fue el *Institut für die geschichtliche Landeskunde der Rheinlande* [Instituto para la Historia Regional de Renania], con sede en Bonn en 1920. No muy diferente de la Escuela de los *Annales*, su objetivo era romper con la tradición de la historia diplomática y política característica del modelo historiográfico de los estudios del siglo XIX para crear un estudio interdisciplinario de los pueblos de la región, recurriendo a las contribuciones de historiadores, lingüistas (especialmente los que se especializaron en dialectos alemanes), geógrafos, economistas e historiadores del arte. Schöttler señala una ambigüedad clave en la producción del grupo. Por un lado, este a menudo era reacio a adoptar una visión racial de la historia. Indica en particular que Franz Steinbach, historiador y primer director del grupo, concluyó su estudio de 1926 sobre el Rin argumentando que «es un grave error deducir las instituciones culturales y económicas francas de las singularidades germánicas o romanas. Al mezclar hidrógeno y oxígeno, se forma una nueva entidad, el agua». Por otro lado, los textos se sumían en temas nacionalistas y Steinbach contradecía su propia posición al pedir más investigación sobre la colonización franca de la Galia y recomendar que la margen izquierda del Rin fuera regermanizada.

La actividad de tales organizaciones se coordinó cada vez más a escala regional mediante los llamados *Volksdeutsche Forschungsgemeinschaften* [Grupos de Investigación Nacional Alemana], financiados, a menudo de

manera encubierta, por el Estado desde Berlín. El dedicado a Renania, el *Westdeutsche Forschungsgemeinschaft* (WFG), se creó en 1931, dos años antes de la llegada del Tercer Reich. A mediados de la década ya no cabían ilusiones acerca de la misión de esos institutos: «presentar tantos argumentos y materiales como sea posible para el rediseño total de las fronteras alemanas». El WFG no fue una excepción y fue debidamente radicalizado; el joven historiador Franz Petri (nacido en 1903) apareció como su figura más destacada. Su disertación en dos volúmenes *Germanisches Volkserbe in Wallonien und Nordfrankreich* [Patrimonio folclórico germánico en Valonia y el norte de Francia] se publicó en Bonn en 1937, justo después de la remilitarización de Renania. Sus afirmaciones eran más agresivas que las de Steinbach, argumentando, en palabras de Schöttler, en favor de «una colonización masiva por los francos de Bélgica y el norte de Francia hasta el Loira» en función de las pruebas toponímicas y arqueológicas, que más tarde se demostró que eran espurias. El WFG también intensificó durante aquellos años su campaña de propaganda: organizó dos docenas de conferencias académicas, con visitas de campo a diversos lugares de Renania; financió revistas especializadas para promover su línea (y desacreditar la de los franceses); y publicó una enciclopedia del patrimonio alemán en las fronteras occidentales, en la que participaron unos quinientos autores. Como señala Schöttler, el WFG no era un pequeño enclave de intransigentes. En 1939 había aproximadamente mil investigadores alemanes trabajando en redes *Westforschung*.

Con la invasión nazi y la derrota de Francia en mayo-junio de 1940, la «investigación occidental» adquirió una nueva urgencia. Petri ingresó en la administración militar alemana y fue acusado de administrar la germanización de Bélgica y el norte de Francia. Entretanto se encargó a Wilhelm Stuckart, ministro del Interior del Reich, que elaborara un plan revisado para la frontera occidental. Se suponía que ese documento y todas las copias del mismo habían sido destruidas o perdidas, hasta que Schöttler descubrió la versión original en una biblioteca canadiense, con lo que él cree que son probablemente anotaciones con lápiz rojo del propio Führer. El memorándum se publica ahora en su totalidad, con subrayados incluidos. Una característica sorprendente es la medida en que la *Westforschung* avala sus recomendaciones. Las tierras al este de una línea que va desde la desembocadura del río Somme en Bélgica hacia el sur a través de la región de Champagne en Francia, y luego a través de Borgoña y el Franco Condado hasta Ginebra, se anexarían directamente al Reich, y sus poblaciones serían deportadas para dejar espacio a los alemanes étnicos. El documento es esencialmente un alegato en favor de la repoblación racial de Renania basado en pruebas históricas y lingüísticas. Stuckart no era una figura de la WFG, pero la investigación de esta resultó indispensable para su plan. La tesis de Petri es citada en el texto y si fue el Führer quien la anotó, evidentemente aprobaba sus

recomendaciones, subrayando el siguiente pasaje: «En realidad, la población germánica de la Alta Edad Media llegó a los sectores septentrionales y orientales de Francia, es decir, más allá de la frontera lingüística contemporánea, extendiéndose al menos hasta el Sena». Para Schöttler, el documento plantea cuestiones sobre la relación entre conocimiento y poder, investigación y política. ¿Fueron los investigadores de la WFG simplemente «colaboradores» del Reich o «arquitectos» de sus planes occidentales? Según Schöttler, Hitler estaba familiarizado con la literatura de la *Westforschung* que llenaba el memorando de Stuckart, y ya tenía la intención, según sus argumentos, de desplazar la frontera occidental hacia el interior de Francia. En ese caso, la investigación de la WFG «proporcionó una legitimación pseudocientífica, una especie de suplemento racional, a las políticas de Hitler».

Para un historiador germano occidental educado en los años de posguerra, las cuestiones de responsabilidad, culpa y colaboración tienen gran importancia, y son esos temas los que trata Schöttler en la segunda mitad del libro. Señala cómo Petri, por ejemplo, pudo disfrutar de una floreciente carrera académica después de la guerra, heredando de Steinbach el Instituto Bonn en 1961, y ve un proceso similar en marcha en la influyente corriente de la historiografía de posguerra conocida como *Zeitgeschichte* o «historia contemporánea». En la década de 1950 se podían encontrar institutos de *Zeitgeschichte* en muchas universidades alemanas. Sus principales miembros eran figuras jóvenes y pronto eminentes en la disciplina, como Martin Broszat, Eberhart Jäckel y Hans Mommsen (el supervisor de Schöttler para la obtención del título *Magister Artium*). Para Schöttler, sin embargo, había pocas novedades en la *Zeitgeschichte*. Bajo el mismo nombre se había empleado durante la Primera Guerra Mundial para demostrar que los Aliados habían inducido a Alemania y Austria al conflicto bélico contra su voluntad. Después de 1945 se le dio un uso similar, para combatir lo que esos académicos llamaron «la concepción aliada de la historia» y, en palabras de Schöttler, «para rehabilitar una historia nacional alemana». Schöttler señala que los institutos de *Zeitgeschichte* estaban llenos de antiguos nazis, y que el vocabulario de sus textos se basaba en gran medida en el lenguaje *völkisch* de las *Forschungsgemeinschaften* de entreguerras. La *Zeitgeschichte*, históricamente revisionista, también era políticamente conformista, intentando legitimar el controvertido rearme de la Bundeswehr en Alemania Occidental en la década de 1950.

El capítulo final de *Du Rhin à la Manche* aborda esos temas desde un ángulo personal, analizando la figura del propio abuelo de Schöttler, Gustav Krukenberg, miembro del mando de las Waffen-SS. Krukenberg era renano, nacido en Bonn en 1888. Se convirtió en oficial de carrera a principios de la década de 1910, sirvió en ambos frentes en la Primera Guerra Mundial y participó junto a los *Freikorps* en la represión de la insurrección espartaquista de 1919. Multilingüe y con un doctorado en derecho, ingresó en el servicio

exterior y en 1926 fue nombrado secretario del «Comité de Estudios Franco-Alemanes» –organización fundada por el magnate industrial luxemburgués Émile Mayrisch para promover la «amistad francoalemana»–, puesto en el que permaneció durante cinco años en París (su homólogo en Berlín fue el ardenés Pierre Viénot), manifestando a su regreso a Alemania que los franceses eran demasiado egocéntricos como para comprometerse en un entendimiento real, y que el Comité estaba perdiendo el tiempo. En 1932 se unió al partido nazi; bajo el gobierno de von Papen trabajó en el departamento de radiodifusión del Ministerio del Interior y, luego, tras el nombramiento de Hitler como Canciller, fue ascendido a *Reichskommissar* de esos servicios. Al cabo de unos meses Goebbels se mostró insatisfecho con su trabajo y lo despidió en un ataque de ira. Así y todo, Krukenberg continuó sirviendo al régimen de manera leal, como coordinador del abastecimiento para la Wehrmacht en Polonia, Francia, los Países Bajos, Letonia y Bielorrusia. Fue transferido por solicitud propia a las Waffen-SS en 1943, terminando la guerra como comandante de su notoria división «Carlomagno».

Miles de colaboracionistas franceses se ofrecieron como voluntarios para luchar en las unidades de elite de las Waffen-SS. Sin embargo, al principio estas sólo admitían reclutas indubitavelmente arios, y los solicitantes de países católicos eran rechazados. Como observa Schöttler, la retórica de guerra nazi cambió después de Stalingrado: «Ya no se combatía sólo para engrandecer el Reich, sino para defender la *Festung* [fortaleza] *Europa* frente a Asia», por lo que ahora resultaba admisible que los no arios participaran en esa lucha. La división acertadamente llamada Carlomagno prestó su juramento de lealtad a Hitler en febrero de 1945, y fue enviada a luchar contra el Ejército Rojo en Pomerania. Los pocos que no murieron, fueron capturados o desertaron, ofrecieron su última resistencia defendiendo el búnker de Hitler en las ruinas de Berlín en abril de 1945.

Krukenberg fue juzgado por un tribunal militar soviético y condenado a veinticinco años de prisión, quedando en libertad en la RDA en 1956; en el ínterin se había convertido al catolicismo. Una memoria de cincuenta páginas de sus «días de lucha» en la caída de Berlín quedó sin publicar, a pesar de los esfuerzos de su primo Werner Conze. Aunque ya era de edad avanzada y pese a su pasado nazi, Krukenberg encontró un puesto en la *Stifterverband für die deutsche Wissenschaft*, una importante fundación privada que promueve la educación y la ciencia alemanas; se convirtió en un miembro leal de la CDU y recorrió el país dando conferencias a grupos empresariales y defendiendo la visión política del canciller Adenauer para Europa: la paz mediante una amistad franco-alemana duradera, posteriormente sellada en el pacto que Adenauer firmó con De Gaulle en 1963. Los archivos de Krukenberg revelan una correspondencia regular, aunque formal, con figuras como Richard Coudenhove-Kalergi, apóstol de la unidad

europea, y Hans Speidel, número dos de Rommel y más tarde comandante de las fuerzas terrestres de la OTAN. Krukenberg también fue una figura destacada de la Asociación Alemana de Veteranos (VDH), que reunía indistintamente a los supervivientes de la Wehrmacht y de las Waffen-SS, y recibió su medalla europea más prestigiosa, en la que figuran las palabras *Europa ruft* [«Europa nos llama»]. En Francia se le concedió el Premio Robert Schuman por su servicio a la unidad europea, otorgado previamente a Adenauer. Los rumores sobre su pasado desde la Asociación Francesa de Veteranos lo llevaron a renunciar al premio, para evitar el escándalo, y éste pasó a Konstantin Karamanlis, arquitecto de la adhesión de Grecia a la UE. Krukenberg murió en 1980, como informa Schöttler, atemorizado por la posibilidad de persecución.

Para Schöttler, la agitada vida de Krukenberg fue inquietante en muchos niveles. No mostró ninguna voluntad de reflexionar sobre la naturaleza del Tercer Reich o su propia participación en él. De hecho, como descubrió Schöttler, su abuelo siguió manteniendo correspondencia con miembros de la división Carlomagno, muchos de los cuales aparecían como negacionistas activos del Holocausto. A este respecto apenas hablaban de la guerra y, menos aún, de los crímenes nazis. Schöttler se preguntaba cómo podía aquel hombre mantener una actitud tan «esquizofrénica», aunque no le sorprendía que esto pudiera ocurrir en la Alemania de posguerra: de hecho, todo lo expuesto en el libro sugería un fracaso de la cultura germano occidental durante la década de 1960 para lidiar con el legado del Tercer Reich. Más sorprendente era la luz que la biografía de Krukenberg arrojaba sobre el proyecto europeo:

Los especialistas insisten, con razón, en el hecho de que Hitler y Goebbels no sabían qué hacer con la idea europea, desdeñándola a veces y usándola en otras ocasiones de manera táctica. Es cierto. Pero quizá deberíamos considerar la posibilidad de que esa actitud negativa de Goebbels y Hitler, combinada con la omnipresencia de una mitología europea en la propaganda de guerra nazi, especialmente en la de las Waffen-SS, permitiera a un nacionalista con un temperamento más «realista» como Krukenberg insertar su idea antiliberal de Europa en el discurso de la Guerra Fría y la nueva política de la alianza europeo occidental.

Este es el inquietante dilema con el que Schöttler concluye su libro. Es bien sabido que muchos fascistas y colaboracionistas durante la guerra pudieron, una vez acabada esta, ponerse a cubierto bajo el lenguaje más anodino de «Europa» y «Occidente». De hecho, la corriente más influyente de la extrema derecha francesa de posguerra se unió en torno al «occidentalismo» en la década de 1950, defendiendo la unidad de la civilización europea blanca contra las vecinas culturas eslava, árabe y turca. Pero lo que la asombrosa trayectoria de Krukenberg —desde el Comité Mayrisch, pasando por la



defensa del búnker de Hitler, hasta el Premio Schuman— podría significar para una historia más general de las diversas concepciones de la integración europea nunca es abordado directamente por Schöttler, que se limita a un resumen impávido en el capítulo: «Tres formas de colaboración: Europa y la reconciliación franco-alemana en la carrera de Gustav Krukenberg, comandante de la división Carlomagno».

Pocos estudiosos podrían estar tan preparados para emprender un estudio del calibre de *Du Rhin à la Manche* como Schöttler, cuya vida ha desbordado notoriamente los límites de Renania. Nacido en 1950 en Iserlohn, en el centro del Land Nordrhein-Westfalen, creció en Bruselas, asistió a la escuela secundaria en Essen y estudió en universidades alemanas y francesas. A los diecinueve años fue coautor de un libro muy crítico sobre el maoísmo en China. En 1974 ingresó a la Sexta Sección de la École Pratique des Hautes Études, siguiendo cursos de filosofía con Louis Althusser y de historia con Michelle Perrot y Georges Haupt, ambos destacados estudiosos del movimiento obrero de finales del siglo XIX. Un doctorado en Bremen dio lugar a *Die Entstehung der «Bourses du travail»* (1982), un estudio de los consejos obreros creados por líderes socialistas en toda Francia durante las décadas de 1880 y 1890. Su inclinación althusseriana se muestra en el subtítulo de la traducción al francés de esa obra: «Un appareil idéologique d'État à la fin du XIXe siècle». En lugar de entender las bolsas de trabajo como expresión directa del empoderamiento de los trabajadores, Schöttler las situó dentro de una historia de los esfuerzos dirigidos por el Estado para controlar y regular el movimiento obrero.

Durante la década de 1970 Schöttler editó y tradujo al alemán los principales textos de Althusser y sus discípulos. Este trabajo se iba a prolongar a partir de mediados de la década de 1980, pero en nuevas formas, porque Schöttler se apartó del marxismo y de la historia social inspirada en él y comenzó a escribir ensayos inscritos en un modo historiográfico e histórico-intelectual diferente. Produjo textos, por ejemplo, reflexionando sobre el «giro discursivo» en la escritura histórica y el papel desempeñado por los historiadores alemanes durante el Tercer Reich. Su obra más significativa de ese periodo, empero, se concentró en pensadores asociados con la Escuela de los *Annales*. Con su estilo típicamente forense, Schöttler dio a conocer nuevos textos de los *Annales* y arrojó luz sobre figuras descuidadas dentro de su órbita, especialmente Lucie Varga, la historiadora austro-judía que huyó a Francia en 1933, se convirtió en secretaria de Lucien Febvre y contribuyó a los principales ensayos de la revista sobre el nacionalsocialismo. Su obra es un recordatorio de que hay que escribir una nueva historia de los *Annales*, que tenga en cuenta no sólo esos textos y figuras recién descubiertos, sino también las actividades políticas de la revista y su compromiso con la historia medioambiental. Mike Davis ya ha comenzado a hacerlo en las páginas de *New Left Review*.

Con los ensayos de gran alcance de *Du Rhin à la Manche*, Schöttler ha producido una visión fascinante e inusual de la historia y la historiografía de la época, llena de comparaciones interesantes, personajes políticamente ambiguos y estímulos contrafácticos. Sin embargo, en su manejo del eje historiográfico franco-alemán del libro existe un desequilibrio obvio: las figuras alemanas aparecen típicamente como conformistas y serviles en comparación con las francesas, más independientes. Esto lleva a una tergiversación en ambas direcciones. El ataque de Schöttler a la *Zeitgeschichte* de posguerra como un conformismo apoloético carece de matices y contradice la obra de historiadores como Mommsen y Broszat. También hay que atender al hecho de que la historiografía alemana de posguerra fue mucho más diligente en el análisis del nazismo que la francesa con respecto al régimen de Vichy; mientras que Broszat publicaba trabajos innovadores sobre el periodo nazi ya en la década de 1960, hasta que Paxton publicó *Vichy France* en 1972, que fue recibido con un vitriólico rechazo en Francia, no comenzaron los historiadores franceses a afrontar, muy gradualmente, el historial del régimen de Pétain y el grado de apoyo social que le otorgó la población francesa.

A la inversa, la presentación de Schöttler, de Febvre y Bloch como historiadores que, a diferencia de sus homólogos en la Alemania de entreguerras, no se vieron afectados por fogonazos nacionalistas, es demasiado acrítica. Ninguno de los historiadores de los *Annales* cuestionó la noción, reflejada en las absurdas cláusulas de «culpa de guerra» de Versalles y las reparaciones punitivas impuestas a Alemania, sobre todo por insistencia francesa, de que la Primera Guerra Mundial fue una batalla de Francia por «la verdad y la justicia». Por muy humanos personalmente e intelectualmente cosmopolitas que pudieran ser Febvre y Bloch, no tuvieron más reparos en la matanza interimperialista de 1914-1918 que sus homólogos en Alemania. Por otra parte, Schöttler nunca menciona el historial de apoyo de los *Annales* al colonialismo francés, que no constituía una parte desdeñable de la producción de la revista, que llegó a dedicar el 15 por de sus artículos publicados entre 1929 y 1933 al tema africano. El tono fue establecido desde el principio por el propio Febvre, quien en una revisión de 1930 se mostraba maravillado de la obra transformadora que estaban realizando los colonos franceses en Argelia y celebraba su victoria en la década de 1840 sobre la insurrección de Abd al-Qádir. La revista elogió y apoyó asimismo el trabajo de los académicos involucrados en la misión colonial francesa. Incluso después de la Guerra, Fernand Braudel, sucesor de Febvre en los *Annales*, lamentó el fracaso de España en cuanto al aprovechamiento de sus derechos coloniales en el norte de África.

También es de lamentar que Schöttler no haya escrito un retrato más completo de Krukenberg, basado en su acceso a lo que parecen ser los documentos personales bastante extensos de éste, y dado que Schöttler lo conoció bien en su madurez, sus propios recuerdos personales, que presumiblemente nos

podrían haber ofrecido una visión más (histórico-)psicológica de su carácter. Además, partes de la historia de Krukenberg parecen invitar a una investigación más profunda, especialmente sobre Mayrisch y el Comité que contribuyó a fundar. Además de los principales industriales y políticos de ambos países, en la organización también participaron intelectuales destacados: Ernst Robert Curtius y Hermann Oncken, ambos distinguidos historiadores alemanes; el egiptólogo Jürgen von Beckerath; Pierre Janet, el rival francés de Freud; Jean Schlumberger, el autor francés cofundador de la *Nouvelle revue française*; André Siegfried, el pionero politólogo francés; Albert Thibaudet, destacado crítico literario de la Tercera República; y muchos otros. El propio Mayrisch fue el arquitecto de un cártel del acero transfronterizo que anticipaba la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, el núcleo original del Plan Schuman después de la guerra. ¿Era sólo un escaparate la faceta cultural-intelectual del Comité o tal vez correspondía a las preocupaciones de la esposa y luego viuda de Mayrisch, Aline, que apoyó a escritores exiliados durante el Tercer Reich y financió la revista de Thomas Mann para los emigrados? La reticencia de Schöttler al respecto es extraña, dado que el papel de Krukenberg en el Comité parece haber sido su credencial clave como heraldo de la reconciliación franco-alemana después de 1956.

A un nivel más profundo, los conceptos de *Du Rhin à la Manche* no siempre parecen plenamente formados, comenzando con el de «Europa». El título del libro, quizá impuesto por el editor, es algo engañoso, ya que el Canal aparece sólo una vez, en el plan de Stuckart de 1940, que Berlín nunca prosiguió. Es el Rin el que une sus capítulos. Schöttler destaca *Le Rhin* de Febvre como un enfoque propiamente europeo del estudio del río, uno que reconoce la porosidad y artificialidad de las fronteras, al tiempo que presenta al Rin como una zona de intercambio intercultural. Podríamos haber esperado por lo tanto que Schöttler diera un tratamiento similar a esa frontera «natural» en el siglo xx, pero de hecho el libro inserta al Rin principalmente en un marco nacional. Es una historia de nacionalistas alemanes en Alemania contra nacionalistas franceses (más moderados) en Francia. Los separatistas renanos, una creación autóctona de la región, apenas merecen una mención en el libro. De hecho, Krukenberg emerge como la única figura verdaderamente renana, activa a ambos lados del río, al igual que Marx y Engels un siglo antes, aunque políticamente fuera su oponente radical. «Europa» también falta como entidad política: nunca sabríamos por este libro que el Rin es ahora el *Herzland* de Europa, situándose en el río o cerca de él muchas instituciones clave de la UE actual, como el Parlamento en Estrasburgo o el Tribunal de Justicia en Luxemburgo. Así pues, apenas nos hacemos idea de cómo la construcción de posguerra de «Europa» afectó a las tensiones nacionales que Schöttler esboza en la primera mitad del libro. ¿Ha creado la Unión una cultura europea a lo largo del río o simplemente

ha proporcionado un marco para compensar las tensiones francoalemanas sin disolver las fronteras y mentalidades nacionalistas?

También está ausente cualquier reflexión sobre el papel del capital en la configuración de la historia del río durante el siglo xx, y esto sitúa al Rin contemporáneo algo más allá del alcance del libro. Es una oportunidad desaprovechada más que un fracaso, ya que la estrategia política de Schöttler es coherentemente oblicua y reservada. En las últimas décadas, parte de la región del Rin se ha convertido en un área desindustrializada, más conocida por el desempleo y el declive industrial que por la vitalidad cultural. Económicamente, ello está comenzando a cambiar, ya que el Estado chino ha elegido a Duisburgo como estación terminal de su Iniciativa transcontinental del Cinturón y la Ruta de la Seda. Es el mayor puerto interior de Europa y uno de sus mayores centros de transporte y logística. Todos los días se pueden ver llegar contenedores desde Chongqing y Wuhan que a continuación se cargan en camiones y barcos para transportarlos a Italia, Suiza y Francia. En la ciudad hay más de cien compañías chinas activas, y los restaurantes chinos ahora proliferan en ambas orillas del río.

¿Qué significará esto para la evanescente cultura renana? En una reelaboración imaginativa de la biografía filosófica de Marx y Engels –como renanos cuya visión del mundo era quizá demasiado prematura, pero que finalmente se está haciendo realidad hoy día–, Tom Nairn comentó que «desde la década de 1980, el mundo entero se ha ido pareciendo cada vez más a la vieja Renania. La globalización significa muchas cosas diferentes, pero entre ellas está la conversión del mundo en un terreno inevitable y forzado de confluencia, una fertilización cruzada de la que es imposible escapar». ¿Está destinado el Rin a revivir su propia historia? A medida que afluayan nuevas fuentes de inversión, sin puntos de control ni fronteras, ¿Cómo será esta fertilización cruzada? ¿Reactivará viejos atavismos en el corazón de Europa? Lo más probable es que continúe enriqueciendo al núcleo europeo a expensas de la periferia, mientras el capital fluye sin contratiempos desde el norte y los migrantes llegan desde el sur, afrontando naufragios, detenciones y violencia xenófoba. Lo que Schöttler no nos cuenta en su texto es cómo los cambiantes imperativos económicos han moldeado y reconstruido los regímenes fronterizos europeos a lo largo de los siglos xx y xxi. El Rin ya no es la frontera que antes era, sino el eje político-cultural de una Europa que empuja la violencia y la explotación hacia el Mediterráneo y el Mar Negro.

## Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

### Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

### Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

### Resto del mundo\*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

### Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a [nlr\\_suscripciones@traficantes.net](mailto:nlr_suscripciones@traficantes.net)